

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXVI



Córdoba, 2019

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXVI

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2019



Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XXVI

Consejo de Redacción

Coordinador

Juan Gregorio Nevado Calero

Vocales

Fernando Leiva Briones

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Manuel Muñoz Rojo

Edita e Imprime: Diputación de Córdoba
Ediciones y Publicaciones.

Foto Portada: Vista de Iznájar desde el Sur. Foto de Miguel Gutiérrez Ortiz.

I.S.B.N. Autor : 978-84-09-15919-2

Depósito Legal: CO 1821 - 2019

UN RETRATO DEL HUMANISTA PONTANÉS RODOLFO GIL POR JULIO ROMERO DE TORRES EN EL MUSEO DE BELLAS ARTES DE CÓRDOBA

José María Palencia Cerezo
Cronista Oficial de Hornachuelos

Una de las personalidades más interesantes – y también menos conocidas - de la cultura cordobesa de la transición de centurias es Rodolfo Gil Fernández (Puente Genil, 1872 – Valencia, 1938). Filósofo y periodista, nació el 3 de diciembre de 1872, siendo hijo de Francisco Gil Estrada, primer director de la Banda Municipal de Música de Puente Genil y de Carmen Fernández Colón. (Fig.1)

Realizó sus primeros estudios en el Seminario Conciliar de San Pelagio en Córdoba, y tras abandonar su vocación religiosa, acudió a las Universidades de Granada y Madrid, donde obtuvo el título de doctor en Filosofía y Letras. Fue muy pronto profesor del Instituto Provincial de nuestra ciudad, donde llegó a ser Secretario de Lenguas, ya que al parecer dominaba seis idiomas. Pero su verdadera vocación fue el periodismo, que ejerció pronto como redactor de los diarios La Unión y La Voz de Córdoba primero, y luego de El Día, El Globo, Diario Universal, La Opinión y ABC, colaborando igualmente con varias revistas.

En calidad de miembro del Partido Conservador, a lo largo de su existencia se adentró también en la política, siendo tres veces diputado provincial por Madrid y gobernador civil de Orense y Tarragona. Su hijo Rodolfo Gil-Torres, que firmaba con el seudónimo de *Benumeya*, fue uno de los pioneros del arabismo en España; y su nieto, también homónimo, uno de los iniciadores del Instituto Cervantes.

Su relación más importante y decisiva para con Córdoba se producirá en la década de 1890, ya que con el nuevo siglo se establecería primero en Málaga, y luego en Madrid. No obstante, aunque residió luego en varias ciudades españolas – Almería, Granada, etc.- hasta morir en Valencia, nunca dejó de estar relacionado con Córdoba.

Podemos anotar, por ejemplo, que en la tarde del viernes 5 de septiembre de 1890, estrenaría en Córdoba su monólogo *Es tarde, o castigo del cielo*, y desde ese momento llevó a cabo una ingente tarea de recopilación de datos relativos a la cultura y principales artífices de la cultura local de su tiempo, que con sólo diecinueve años, publicó en dos volúmenes desde 1892, en edición sufragada por el Ayuntamiento cordobés, llevando por título *Córdoba Contemporánea*. Era entonces profesor y secretario del colegio español-francés de San Luis.

Pero por si ello no fuera poco, al año siguiente el Ayuntamiento convocaba un concurso literario que probara la importancia militar de la ciudad y la conveniencia de establecer en ella la capitalidad del distrito, alzándose Gil con el primer premio gracias al trabajo que tituló *Importancia militar de Córdoba y conveniencia de establecer en ella la Capitalidad Militar de Andalucía*. En él justificaba, desde el punto de vista técnico, estratégico, histórico y económico, el establecimiento en Córdoba de la capitalidad militar, aportando para ello razones de Estado y de interés público. Ejercía entonces interinamente la dirección del *Diario La Verdad*. Más tarde publicaría también su estudio sobre *Séneca y la Mezquita*, mientras colaboraba en el semanario pontanés *Pepita Jiménez*.

No es nuestro propósito adentrarnos en la obra literaria del ilustre pontano, que no solo cultivó el ensayo (sobre romances, sobre artistas españoles contemporáneos, etcétera), sino también la poesía, o la zarzuela; como la titulada *Las doce y media y... cerrado*, escrita en colaboración con Afán de Ribera, que se estrenó con éxito en el Teatro Eslava de Madrid en 1907. Sin embargo, no por ello debemos dejar de citar sus monografías artísticas, en particular las dos más significativas, relativas a Querol y a Sorolla, porque la dedicada al escultor catalán Agustín Querol Subirats (1860-1909) le valdría, en 1910, ser nombrado académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

Al año siguiente publicaría otra sobre Joaquín Sorolla (1863-1923), de donde debió arrancar su amistad con el genial pintor valenciano, que en 1918 le haría un retrato que se conserva en una colección privada, firmado “*A mi amigo Rodolfo Gil / J Sorolla 1918*”. Dicha obra ha venido señalando hasta el momento la única relación directa conocida del periodista con la pintura española. (Fig. 2)

Y ello porque se desconocía que, en 1947, los famosos anticuarios españoles hermanos Siravegne, habían donado al Museo de Bellas Artes de Córdoba un pequeño retrato suyo, del que nadie había dado noticia. En efecto, en el Acta del Patronato del Museo Provincial de Bellas Artes de Córdoba, de 20 de marzo de ese año, se lee textualmente: “...*Vieron los Sres. del Patronato, el donativo hecho a este Museo por gestiones de don Enrique Romero de Torres, de un retrato en caricatura del escritor cordobés D. Rodolfo Gil, ejecutado a pluma por el pintor Julio Romero de Torres, donado por los sres. D. Luis y Félix Siravegne Jiménez*” (Archivo del MBACo. Leg. 61. Acta de 1947). Por razones que desconocemos, la obra no fue incorporada al Inventario de Pintura Moderna del museo, del que entonces era director Rafael Romero de Torres Pellicer, hijo de Julio Romero, mientras Enrique, su tío, se mantenía al frente como director honorario. (Fig.3)

Recordemos que los hermanos Félix y Luis Siravegne, aunque de apellido afrancesado, fueron miembros de una reconocida familia de banqueros españoles. Tuvieron un negocio de antigüedades y objetos de arte en la calle del Prado de Madrid, y una vez fallecido Félix en 1935, Luis donó, en nombre de la familia, distintas obras a varios museos. Por ejemplo, al Museo de Cádiz agregó un gran número de dibujos de los pintores valencianos Francisco y Roberto Domingo, donación que ampliará posteriormente con otros envíos de dibujos de diversos artistas y varios cuadros de Antonio María Esquivel. De la misma suerte, en 1941 hacía llegar al Museo de Bellas Artes de Córdoba cuatro dibujos de su propiedad de artistas coetáneos.

En el caso que nos ocupa, la diminuta pintura (140 x 95 mms.) realizada sobre una cartulina con técnica al agua, quizá gouache, y leves toques de lápiz de color, no presenta ni firma ni fecha, ni ninguna inscripción que pueda inducir a identificarla

con la descripción que de ella que se hace en los diversos documentos que aluden a esta segunda donación de los Siravegne. Sí que tiene una inscripción al dorso efectuada a lápiz, aunque muy perdida y de difícil lectura, la cual parece querer decir: “I” / “Para / Jiménez o / Pavón”. Ambos apellidos suenan suficientemente familiares en relación a personajes del momento. Podrían aludir, por ejemplo, al poeta Rafael Vaquero Jiménez, y a don Francisco de Borja Pavón y López, al que todo el mundo conocía por su primer apellido, y que fue precisamente el encargado de informar positivamente ante el Ayuntamiento la publicación de su *Córdoba contemporánea*. En todo caso, la inscripción resulta insuficiente como para poder identificar a alguna persona en concreto, o para establecer una relación directa con el autor o con el retratado. (Fig.4)

Sea como fuere, la pintura que ahora damos a conocer presenta al humanista pontano de cabello oscuro, peinado con pelo muy corto a la raya lateral izquierda; penetrantes ojos azulados, y bigote y fina perilla central de color más claro, con un semblante muy similar a las fotografías que de él se conocen cuando rondaba los veinte años de edad. Viste una lujosa y gruesa chaqueta oscura abrochada y rematada en amplio cuello de terciopelo negro, por el que deja ver las solapas de una blanca camisa, entre las que luce un azulado plastrón de seda que se desarrolla a manera de trébol, gracias a un diminuto alfiler perlado situado en su parte central.

En el Museo fue dada por perdida durante mucho tiempo, a pesar de haberse conservado en la casa de la familiar de los Romero de Torres sita en el recinto del antiguo Hospital de la Caridad, desde 1863 sede del mismo, siendo hallada el 20 de junio de 1994 por Fuensanta García de la Torre, entonces Directora del Museo, y el autor de estas líneas, entonces Asesor Técnico del Conservación e Investigación, cuando se procedió a la recogida, tres años más tarde, del legado familiar que había adquirido en 1988 la Junta de Andalucía a doña María Romero de Torres Pellicer, última de la saga. Fue encontrada en el interior del forro de una caja de madera utilizada para guardar lápices e instrumental de dibujo. Pero desconociéndose en ese momento su autoría y el dato procedente del archivo museístico, fue incorporada al nuevo Inventario de Artes Plásticas que, para documentar la importante adquisición, habían iniciado desde ese año, un equipo de personas dirigido por los profesores Enrique Aguilar Gavilán y María Josefa Porro.

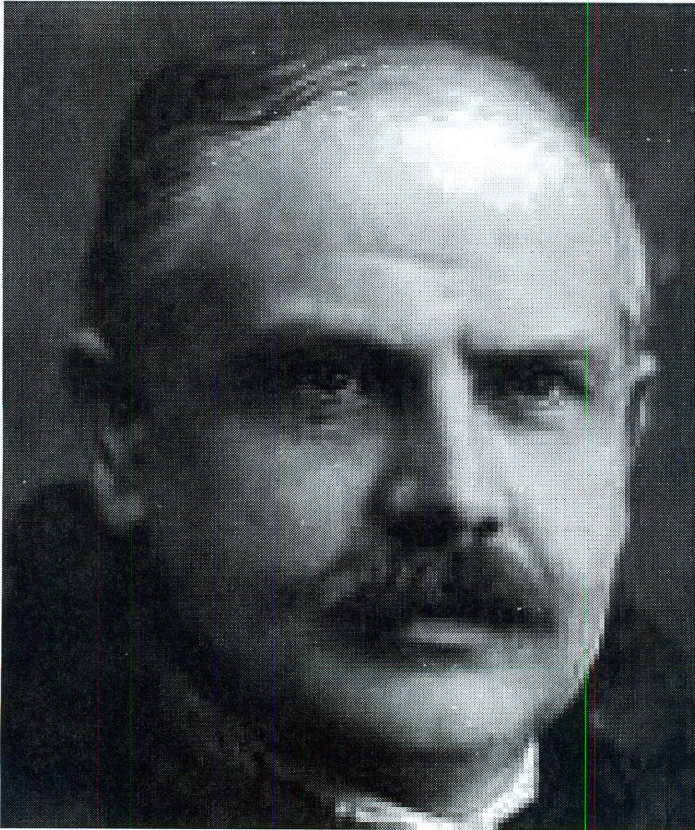
La diferencia real de su técnica con la reflejada en el acta del Patronato, y el hecho de que en ella se aluda a una caricatura, han sido dos de las razones que han dado lugar a la no fácil identificación de la obra a lo largo de años posteriores. Pero todo el razonamiento expuesto, nos ha llevado a considerar definitivamente que, efectivamente, se trata del retrato donado en 1947.

No cabe duda de que Gil tuvo alguna relación ocasional directa con la familia Romero de Torres, especialmente con el fundador de la saga, con el que debió de tener varios encuentros de cara a escribir la exhaustiva biografía que del mismo publicó en su *Córdoba Contemporánea*, figurando entre las páginas 240 y 246 del tomo I, intitulado “Apuntes para la Historia de la literatura en esta provincia desde el año 1859, en que se celebran los primeros Juegos Florales hasta el próximo pasado 1891”. Solo por ella, debería de ser reconocido como el primer gran biógrafo de Romero Barros.

Años más tarde, ya maduro, sería el propio Gil quien reconocería esta relación mediante la cariñosa dedicatoria que plasmó en el Libro de Firmas del Museo Provincial de Bellas Artes de Córdoba, en 2 de abril de 1928, en la que puede leerse: “Mucho deben la Historia y el Arte de Córdoba a Don Rafael Ro- / mero Barros,

tronco de una gran / dinastía de artistas; pero quien / conoció este Museo en su juventud / y lo ve hoy reconoce y proclama / que Enrique Romero de Torres / puede decir con satisfacción / y orgullo que todo es obra / suya. Rodolfo Gil / 2-Abril-28.” (Rcado.) (Fig.5) De ella se deduce un especial interés y admiración por Romero Barros y por Enrique, habiéndose olvidado de Julio, entonces en lo más alto de la fama, que el día en que Rodolfo visitó nuestra primera pinacoteca debía de estar ausente. Si no, Enrique no se lo hubiese perdonado.

Ciertamente todavía no se había producida la donación, pero siendo así, podríamos considerar esta obra como el primer retrato conocido de Julio Romero de Torres, poniendo de manifiesto la excelente mano para dibujar que ya tenía en su adolescencia. La razón de que no esté firmada debió radicar en que todavía no era un artista famoso. Y no podemos despreciar la posibilidad de que, si entonces solo rondaba los quince o dieciocho años de edad, cualquier otro miembro de la familia le echara una mano con este retrato de Gil, como sabemos ocurrió en algún caso. So pena de que hubiera mentido don Luis Siravegne.



1.- Fotografía de Rodolfo Gil hacia 1925-30.



2.- Joaquín Sorolla. Retrato de Rodolfo Gil. 1918. Colección privada.



3.- Julio Romero de Torres. Retrato de Rodolfo Gil. Museo de Bellas Artes de Córdoba.
Colección Junta de Andalucía.



4.- Fotografía de Rodolfo Gil en la época en que lo retrató Julio Romero.

Mucho leben la Historia y el
Arte de Córdoba a S. Rafael Ro-
mero Barros, tronco de una gran
dinastía de artistas; pero quien
conoció este Museo en su juventud
y lo ve hoy reconoce y proclama
que Enrique Romero de Bores
puede decir con satisfacción
y orgullo que todo es obra
suya

M. de Gil
2-11-28.

5.- Dedicatoria y firma de Gil en el Libro de Firmas del Museo en 1928.



**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

